

ÁNGELA SE MECE ENTRE OLAS

Ningún mar huele como este, pensaba esa tarde sentado a escasos metros de la espuma que con ferocidad devoraba la playa y volvía entre borbotones a la rompiente. Las olas se elevaban con fuerza llevando algas y arena hasta su cresta y estallaban con un ruido seco y estremecedor mientras el levante rizaba sus crines alborotadas. Cuando el Cantábrico se enfada hay que tenerle un respeto. Sentía frío y miré hacia mi derecha donde sentada a unos metros estaba Ángela mirando la mar. A unos 40 metros se veía la segunda rompiente, la más peligrosa, porque las olas se desgarraban entre rocas que ensombrecían el agua y enseñaban entre ola y ola espigones afilados y peligrosos. Es pleamar y apenas despuntan, pero las conozco tan bien que sabía dónde mirar y las encontraba, claro que las encontraba.

Aquella tarde está tan viva en mi memoria que el tiempo en el recuerdo se resiste a ser tiempo vivido, reclama ser real, tiempo presente. No me deja recordar, sólo me deja vivir aquel espeluznante atardecer de galerna. Ángela está localizando las rocas en la segunda rompiente, estoy seguro. Ha pasado entre ellas muchas veces nadando como una sirena cuando ha tenido que ir a por algún bañista inconsciente que desoye los consejos de los vigilantes y se mete donde no debe. Ángela es una excelente nadadora, estuvo compitiendo hasta los veinte o por ahí y cuando vio que las jovencitas de cuerpos afilados le ganaban con claridad supo retirarse. Ahora compartimos bar en el invierno y escuela de deportes acuáticos en verano. Además es socorrista municipal y mi mujer hace seis años. Hoy hay bandera roja como es lógico y no está preocupada por ningún bañista. Está triste porque desea por encima de todo tener un hijo, más bien una hija, con la que sueña desde tiempo atrás. Un aborto hace año y medio, muchas horas en el hospital, palabras tranquilizadoras y un nuevo aborto hace tres meses la tienen deprimida y encerrada en sí misma. Lo entiendo porque hemos pasado una mala temporada de bruscos saltos emocionales. Yo también deseo un niño o una niña, lo que venga, pero a las grandes alegrías de la noticia del embarazo le siguieron desolaciones

profundas por el desenlace. Y dos veces. En resumen, que estoy preocupado por su tristeza y su necesidad de alejarse de mí. Necesito estar sola, me dice y yo eso no lo vivo bien, es cosa de dos le digo, pero no hay forma, es claro que ella vive estas pérdidas en su propio cuerpo, un choque físico y psicológico en el que no me deja sitio alguno.

La tercera rompiente está como a 50 metros de la segunda, casi a mar abierto, en el límite de la bahía. Son olas grandes, limpias, majestuosas, que rompen con lentitud y en silencio para nosotros, ahogadas por el estrépito de la segunda y primera línea de rompiente. Es un espectáculo fascinante, podría estar viendo este mar embravecido durante horas, notando como cristaliza sobre mi piel la sal que transportan las pequeñas gotas de espuma con las que me empapa el viento. Pero Ángela se ha levantado, la sigo con la mirada pendiente de cualquier gesto que me permita ir junto a ella y abrazarla, pero no romperé su aislamiento si no me lo pide. Camina lenta hacia la orilla, tardo en darme cuenta de que está mirando algo en la lejanía.

—¡Es un bote ...! Allí, en la última rompiente... —Yo miré pero no vi nada, aproveché para ir donde ella y juntos estuvimos oteando el subir y bajar de las grandes olas.

—Allí —me dijo de nuevo.

Y esta vez me pareció atisbar algo entre la espuma. Lo traerán las olas y veremos qué es, pero nada más pensar eso emergió de la espuma el perfil inconfundible de un bote.

—Joder, es un bote, ¿cómo ha llegado hasta aquí?

—¿Será un naufragio?

Ángela estaba excitada y yo encantado de que ese bote me diera la ocasión de desbloquear mi situación con ella. Estaba a la deriva a punto de que lo enganchara la segunda rompiente cuando empezó todo. Una ola lo levantó de popa y Ángela gritó espantada:

—¡Hay alguien, joder hay alguien dentro ...!

Y mientras sentía que todo mi cuerpo se enervaba por el grito de Ángela, olí el peligro sin duda alguna. Y luego vi, por el rabillo del ojo, los nerviosos movimientos de mi mujer quitándose el pantalón de deporte y la sudadera. En un segundo me percaté de la locura que nos acechaba, en otro grité despavorido “¡¡¡ no lo hagas ...!!! y en otro me estaba quitando la ropa y corriendo tras ella.

Quien no conozca el Cantábrico no sabe la mezcla de miedo y frío, olor a algas, espuma en tu boca y fuerza zarandeando tu cuerpo, que supone lanzarse de golpe al mar en un día como este. Mi valor estaba dos metros delante, en esa mujer a la que quería más que a nada en este mundo y que nadaba con la misma fiereza que el mar la amenazaba. No llevábamos chalecos ni cuerda, era una solemne locura, Ángela se arriesgaba por algo que yo no sabía y yo me arriesgaba por Ángela. En los pocos pensamientos que caben en segundos como esos, donde tienes que salvar unas olas que rompen a dos metros de ti, que suben como una pared de cristal verde a punto de estrellarse contra tu pequeña figura, me dije que el destino de Ángela era el mío y ya está, no da tiempo para más. Pude ver, eso sí, cómo ella hacía un gesto para que me metiera por debajo de la ola, por supuesto, me dije, mientras me hundía en el agua. No estoy loco para intentar subir unas olas con esta fuerza. Luego, en el silencio, mientras la arena, la espuma y las algas chocaban por encima de mí, tuve tiempo de alegrarme de que Ángela se preocupara de que hiciera las cosas bien en la locura que habíamos emprendido.

La salida a la superficie supone un posible momento de pánico si no tienes clara la situación en la que estás en relación con la línea de rompiente. En días normales lo sabes, aunque las olas sean grandes, pero esta tarde, al frío, al viento y a las algas, hay que sumarle una ropa inadecuada y una agitación en el agua que rompe todas tus previsiones. En resumen, estaba aterrado, busqué a Ángela mientras calculaba el tiempo que me quedaba ante la siguiente gran ola. La vi nadando y mirándome, me hizo otro gesto de “adelante” y eso me sacó del marasmo. Con calma me sumergí otra vez, algo me golpeó en el hombro con fuerza y volví a tener miedo. Si salgo tarde no me da

tiempo de respirar antes de que se me eche otra ola encima, así que salí y nadé desesperadamente para remontar la que venía antes de que rompiese y la subí cuando ya estaba enseñando la espuma. Había pasado la primera rompiente y busqué a Ángela nervioso. No la veo, no está, joder ...

—¡ Luis, vamos ...!

La oí pero no la veía, tapada por las olas. Nadé hacia la voz y aproveché para mirar la última posición que recordaba del bote. Parecía enganchado en una roca y si recibía una ola más como estaba, de través, volcaría sin remedio. Con espanto vi como Ángela estaba a punto de llegar hasta las rocas, a unos metros del bote. La exigua pausa que el mar te concede en estas ocasiones llegó a su término. Un impresionante estruendo me avisó de que a mi izquierda una ola enorme se doblaba sobre sí misma y tuve el tiempo justo de sumergirme. Cuando salí nadé hacia el bote, que se había emproado por casualidad y gimió apretado contra la roca. Ángela me llamó a gritos para que fuera con ella. Estaba en un pequeño pozo entre las rocas donde habíamos pescado pulpos alguna vez. Con voz entrecortada por el cansancio me dijo:

—Cuando venga la ola nos metemos dentro, luego me subo al bote ...

Le hubiera dicho unas cuantas cosas, pero lo único que pude hacer es acuclillarme con ella y notar la fuerza enorme del mar por encima de nuestras cabezas. Cuando salimos me dijo que me quedara allí y rodeó las rocas con rapidez. Estoy seguro de que se dio varios golpes pero cuando tiene un objetivo en el mar mira de una forma que da miedo. Parece que no existe el peligro, este mar enfurecido y helado que nos amenaza ... Preferí no mirar y tuve que meterme de nuevo en el hoyo para que no me destrozara una ola. Salí con miedo de mirar y lo que vi todavía me asalta en sueños. Estaba a medio subir en el bote, una pierna al aire y el tronco pugnando por inclinar el balanceo a su favor. Como en un rodeo marino, donde el animal es de madera y gime igual que una bestia herida, una ola levantó bote y mujer y lo zarandó fuera de las rocas. Vi como Ángela caía dentro y no lo pensé más. Salí de mi refugio y nadé hacia el bote; una ola gigantesca me levantó por detrás y me acercó al objetivo sin arrastrarme en la rompiente; nadé y nadé sin mirar hacia atrás. Cuando al fin

toqué el bote, una ola lo giró y tuve que soltarlo, no veía a Ángela pero oí algo como un llanto y luego, claramente, un grito desgarrador:

—¡¡ Es un niño ...!!

No pude creerlo, pero no hay tiempo para creer o no creer en algo cuando estás en mitad de una rompiente y adivinas, más que ves, una masa de agua amenazante. La ola rompió a un par de metros y la espuma empujó el bote y a mí hacia la primera rompiente. Cuando pude estabilizarme hice un último esfuerzo para agarrarme al bote y lo conseguí. Estaba agotado, la fuerza para colgarme del costado y dejarme caer dentro fue de nuevo el llanto de Ángela. Creí que podía estar herida, pero lo que vi no lo podré borrar de la memoria mientras viva. El bote era una bañera, casi lleno de agua, lo que permitió que no volcara con facilidad. Ángela estaba sentada con el agua por el pecho y abrazaba contra sí un amasijo de mantas mientras lo acunaba llorando. Su cabeza ya no estaba en el Cantábrico luchando por llegar viva a la orilla, tuve clara conciencia de que tenía que hacer algo. Me senté en el bote entre golpes de mar, un corto respiro entre rompiente y rompiente. Tenía que hacer algo porque Ángela seguía canturreando y acunando al bebé.

—Está moradito el pobre, moradita, es una niña ... y está dura como una piedra.

—¡ Ángela, por dios, ayúdame, el mar nos va a destrozar...!

Estuve a punto de decirle que el niño o la niña o lo que fuese no podía estar vivo, pero era una obviedad y junto al canturreo oía el llanto de una mujer que mecía a un bebé muerto después de dos abortos. No éramos el mejor equipo para hacer llegar el bote a la orilla, pero algo me golpeó las piernas con fuerza y me alertó de nuevo. Un remo flotaba a mi costado apaleando todo lo que le rodeaba, yo incluído. Lo saqué como pude cuando estábamos a punto de entrar en la primera rompiente a lomos de una enorme montaña de agua. Encajé el remo en el escámo y medio incorporado traté de gobernar la caída de la ola y la suerte hizo que el bote frenado por mi esfuerzo no acompañara a la ola en su estallido.

Pero detrás se estaba armando otra y estábamos en terreno de nadie, no podía remar hasta evitar que la ola nos rompiera encima, no podía ir hacia atrás y subir la ola antes de que rompiera, lo único que podía hacer era mantener el bote perpendicular a la ola y aguantar la embestida dentro. Si volcamos, pensé, Ángela tiene que soltar al bebé y nadar como pueda hasta la orilla. Teníamos rocas a babor, necesitábamos un poco de suerte para que no nos echara allí la mar enfurecida.

Qué diferente es el tiempo del recuerdo al real. Todo lo que pensé en ese segundo tardó ahora minutos en ponerlo por escrito. Pensé en que era nuestro final, que el bote se estrellaría contra las rocas, que vería a mi mujer morir abrazada a un bebé muerto, que yo no quería sobrevivir a ese momento, ni llevar su cadáver a la orilla. Que no era justo que ella hubiera pasado por esas dos pésimas experiencias de los abortos, que era una fatalidad encontrar a un niño muerto en un bote a la deriva, o una niña según ella, que yo no iba a poder gobernar el bote, que venía la ola, que la tenía encima ... Y ese olor a algas, a mar, rodeando nuestra pequeña embarcación, levantándonos por encima de las rocas, ese roce ronco contra una de ellas, la caída entre la cascada de espuma, el peligroso rotar del bote hacia babor sin que yo pudiera contrarrestarlo ... , el perder a Ángela de vista envueltos los dos en un mar rugiente ... todo en un segundo.

En otro, el bote emerge del mar como un submarino y Ángela sigue ahí, está medio inconsciente y veo que la sangre le corre por el cuello pero abraza con furia a la pequeña criatura. El bote se ha enderezado solo y veo esperanzado la orilla: aún nos queda aguantar un par de embestidas más, pero de menor tamaño. Con la primera nos volvemos a sumergir unos angustiosos segundos ...

—¡ Ángela, agárrate chica... ya queda poco ...!

Parece que reacciona, sube la mirada y me grita “¡cuidado Luis!” avisando de la ola que amenaza por la espalda. Cuando no las ves, hasta la más insignificante te atemoriza, qué decir de estas enormes masas, atisbé una sombra, miré a mi costado y esperé el impacto. Me lanzó sobre Ángela mientras perdía el remo y me golpeaba con todo y recuerdo que dije “gracias”, porque abracé a mi mujer y tuve la primera sensación de que llegábamos a la orilla. Allí alcancé a ver a dos o tres

personas que asistían a nuestra locura incapacitadas para ayudarnos en este mar hostil, La espuma de la última ola nos sacó de la rompiente y dos olas ya rotas nos condujeron hasta el maravilloso momento en que sentí que el bote se varaba en la arena. Primero un ruido suave, deslizante, luego un frenazo, un giro, unas sacudidas que parecían estertores y aquel formidable bote de resistencia infinita se paró dejándonos en tierra.

Si no hubiera estado en shock le habría dado un beso acompañado de algún dicho sarcástico y divertido. Pero estaba agotado, dolorido, y sólo pensaba en sacar a Ángela de allí y tumbarnos en la arena. Con cuidado de evitar las sacudidas agónicas de la embarcación, ayudé a Ángela a salir por la proa. Ofrecí mis brazos para que me diera al niño —o niña según ella — pero sólo fue un intento. Lo apretó más fuerte contra su pecho e intentó salir sola, tropezó y cayó, por un momento, mujer y criatura estuvieron debajo del agua. Se incorporó y la imagen de mi mujer sangrante, golpeada, me pareció la de una Afrodita triunfante, hermosa, saliendo de la espuma con su pequeña Harmonía en brazos, con borbotones de espuma deslizándose por su cuerpo, enfilando a la orilla con pasos altos y potentes para sortear la resaca mientras abrazaba a aquel diminuto personaje que entró en nuestra vida de forma tan insólita,

Me sentí orgulloso, aunque sabía que ahora venía otra penosa situación para nosotros, explicar nuestra propias acciones. Pero no en ese momento, no ahora, cuando Ángela se tumba en el suelo agotada con el niño en su regazo. La envuelven con una manta y me dan otra a mí, me preguntan, les digo, al decir “niño” oigo suspiros, manos que tapan caras e interjecciones. “¿Cómo puede ser?”, “un naufragio ...”, “habría adultos que no resistieron...”

—Eso creyó ver ella —dije, y tuve la primera sensación de necesitar cubrir de alguna manera lo que habíamos hecho.

Y empezaron los comentarios elogiosos, “qué valiente ...”, “ella es una socorrista de la playa, ¿no?”, “tuvo que ir a por el hijo de una amiga mía el verano pasado ...” Ángela no atendía a nada, gemía agotada y canturreaba; al principio no se dio cuenta nadie, pero una mujer hizo un gesto de silencio

y pasó a primer plano un dulce arrorrió con el que Ángela mecía el pequeño cuerpecito esculpido en sal por el Cantábrico. Llegó la policía local y, con ella, nuestra amiga Marta, compañera de Ángela, que cuando la vio en el suelo se asustó, me preguntó con la mirada y se arrodilló a su lado.

—Ángela, qué haces, cómo te encuentras?

Ángela no contestó y siguió su canturreo mientras los comentarios se hacían cada vez más elogiosos y conmisericordiosos. Marta se incorporó, me miró y esperó mi explicación mientras su compañero se acercaba al bote y trataba de verle alguna identificación.

—Vio el bote, creyó ver a alguien dentro y se lanzó ...

—Con esta mar... —me miró incrédula Marta.

—Pensó que las rocas los destrozarían ... —y me sentí otra vez justificando algo.

—Qué locura ... y tú también ...

—No iba a dejarla sola...

—¿Qué tiene ahí?

—Un niño, estaba en el bote...

Marta se echó las manos a la cabeza y casi pierde su boina ladeada que le sienta tan bien. Volvió sobre sus pasos, separó a los curiosos y le susurró a su amiga:

—Ángela, déjame ver, ¡Ángela! —Pero Ángela no se movía aunque dejó de canturrear y de mecer al niño.

Marta llamó a la central, pidió un forense y ordenó a su compañero que llamara a una ambulancia medicalizada.

—¿Cómo puede haber un bebé en ese bote? ¡No pudo creerlo! Ella está sangrando Luis, hay que llevarla al hospital... a ti también... joder... le tiene que pasar a ella... —empezaba a ponerse nerviosa y sus comentarios, llamadas e instrucciones a su compañero sonaban a gritos que trataban de imponerse al formidable estruendo de la galerna.

—Ella creyó ver a un adulto en popa —dije, gritando también.

—O sea que debemos esperar un cadáver estos días... no es lógico, no hay pesca de bajura desde hace dos días... no es lógico, no hemos recibido ninguna alerta... no es lógico.

—El mar trae sorpresas poco lógicas a veces... —más justificación por mi parte.

Llegó otro coche, esta vez de la policía nacional y una ambulancia. Ángela tuvo que levantarse y caminó insegura hacia Marta, a la que le entregó el amasijo de mantas donde estaba el niño. Marta lo introdujo con cuidado en la parte de atrás del coche y Ángela fue introducida en la ambulancia casi desmayada. A mí me vieron los golpes y alguna herida abierta y me metieron también junto a mi mujer. Recuerdo el cansancio al tumbarme en la ambulancia, mi mano buscando y encontrando la de Ángela, las luces de los coches que se quedaban en la playa iluminando un anochecer oscuro, nuboso y sin luna. Agentes alrededor del bote, curiosos y... me desperté en el hospital a la mañana siguiente con un cuerpo dolorido y una extraña sensación por lo que habíamos vivido. Estuvimos en riesgo de muerte, eso es claro, lo que me hizo incorporarme y mirar a la cama de al lado. No había nadie, Ángela miraba por la ventana de rodillas sobre un sillón. Tenía varias heridas curadas en el cuello, la frente y los antebrazos. Una gasa espectacular le cubría medio muslo... Fui hacia ella con prevención, no sabía en qué estado psicológico se encontraba.

—¿Cómo te encuentras, cariño? —me dijo con una sonrisa.

—Bien, y tú hecha una dolorosa... —era la de siempre.

—Perdona mi guapo, casi acabo contigo...

—No es tan fácil.

—No recuerdo cómo llevaste el bote a la orilla, creí que nos veríamos en el otro mundo.

—Poco faltó...

—Eres mi héroe... —y me lanzó sus antebrazos doloridos para abrazarme. Estaba cariñosa y me dejé hacer.

—¿Le van a hacer la autopsia?

—Me enteraré —necesitaba tiempo para adecuarme a la conversación inevitable sobre el niño... con cara de niña.

—Fue una locura —siguió — pero mereció la pena, no estoy loca, arrullaba a un niño ahogado, amoratado, rígido, más parecía una figura de mármol que una figura humana... — mantuve el silencio hasta que arrancó de nuevo, mirando al suelo con sus grandes ojos pardos —intenté darle vida con mi deseo y experimentar lo que se siente al abrazar a tu hijo y ya que lo imaginaba, a tu hija... —me miró y sus ojos estaban encharcados —es una bobada que tuviera cara de niña, era una expresión... sin expresión, me dio tanta pena que no pude aceptar que estuviera muerto y... —sollozaba.

—Cariño, es entendible, has sufrido mucho con los abortos...

—Eso ya no me importa, pero sí me gustaría saber si era niño o niña.

—Supongo que nos lo dirán todo esta mañana.

—Vete tú, a ti te dan el alta ahora, yo no salgo, estoy en observación hasta la tarde por el golpe en la cabeza.

Me dieron el alta esa mañana y no tuve que ir a ver a Marta. Ella tenía el coche patrulla en la puerta del hospital. Me miró sombría y después de interesarse por mi salud y la de Ángela me llevó a la comisaría. Pasamos a un cuarto solos ella y yo.

—¿Es niño o niña? ¿Hubo algún naufragio por la zona ayer? ¿Se han encontrado otros cuerpos? ¿Se ha identificado el bote? —eran mis nervios los que me hacían atosigarla a preguntas.

Marta no contestó al principio a casi nada, pero pude saber que no habían aparecido cadáveres en la costa, que no hubo naufragio alguno y que ese bote estaba identificado con seguridad. Se desamarró hace un día y medio por el temporal junto con un par de embarcaciones más que se han hundido. Es de un puerto cercano. No todas las galernas mueven inmensas masas de agua, algunas afectan a los océanos particulares, a los rincones de nuestra consciencia donde se bañan en pequeños mares

nuestros sueños y deseos más íntimos. Estuve más de una hora con Marta, sentí que era nuestra amiga y que quería a Ángela de verdad. Después firmé mi declaración y salí a pasear por el pueblo. Llegué a casa, comí lo que pude y me acosté un rato a pensar. Que el mar guarda secretos inalcanzables está en nuestra imaginación colectiva, es la fuente de la vida y el cementerio de muchos sueños humanos, ahora me hacía sentir el peso de su fuerza en mi vida, me envolvía con una tensión que yo no sabía combatir, no podía subir olas, pasarlas por debajo, nadar, bucear, maniobrar una embarcación... me sentía impotente ante el misterio con el que me, nos, enfrentábamos Ángela y yo. Sabía que mi vida daba un vuelco en ese momento como los que dio el magnífico bote que nos llevó a la orilla con aquel enigma en brazos de mi mujer. El teléfono acabó con mis reflexiones. Era Ángela, le daban el alta en un par de horas. Quería volver a la playa.

—No creo que debas recrear lo que hemos pasado...

—De verdad, me va a relajar, ver las olas y pensar que no estamos entre ellas, de verdad, quiero ir y que estés a mi lado... —y me pareció que estaba tierna.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que descanse... y lo voy a hacer, después de un rato en la playa.

—Vale, te espero allí,

Quizá no era mala idea decirle a la mar “mira, no has podido conmigo...”, pero el recuerdo del niño muerto podía asaltarla de nuevo, era un peligro, claro que no hace falta ir a la playa para que tengas esos recuerdos, un sueño, un apoyar la cabeza un rato y... aparece el niño muerto. En cualquier sitio, porque los malos recuerdos los llevamos puestos con nosotros a todos lados. Y a mí también me apetecía ver la galerna y saber que había podido con ella. Fui, pues, a la playa y paseé un largo rato. Había muy poca gente porque el tiempo era desapacible, algunos perros correteaban dando vueltas en torno a sus amos o recogiendo palitos o piedras que les lanzaban. Me crucé con algún conocido y supe que la noticia había trascendido en el pueblo por cómo me saludó. Un gesto de “menuda ayer” y seriedad ... ni una familiaridad más. Era un indicador de lo que me esperaba. Me senté a la misma

altura en la que estábamos un poco antes de salir corriendo hacia el mar, hacia la locura. La galerna estaba disminuyendo, era bajamar, las rocas estaban claramente visibles entre ola y ola, la última rompiente había disminuido mucho, pero la segunda y la primera aún mostraban furiosas espumas y el ruido infundía respeto al Cantábrico, el que no tuvimos ayer y casi nos cuesta la vida. En el lugar donde encalló el bote quedaba un surco grande y unas marcas de neumáticos anchos, por donde salió la grúa que se lo llevó al puerto.

Qué historia, pensé. Es para contarla .. supongo que debo decir a un hijo o a una hija o a una nieta, a alguien y, en ese momento de mi vida, sentado en aquella playa, viendo una galerna cantábrica de alta intensidad, era más que problemático para mí tener esos confidentes. Y Ángela ocupó mi pensamiento por completo; no sé cómo viviría ese trauma del niño, cómo se arriesgó sin pensar en otra cosa, cómo me arrastró a su locura y, sobre todo, dos imágenes, que mucho tiempo después, entran con facilidad en mi pensamiento y lo ocupan sin que pueda deshacerme de ellas. ¿Son dolorosas? No sé qué decir, a medias, experimento miedo, ternura, orgullo, melancolía... Una es la imagen de Ángela en el bote con el agua por la cintura y el niño abrazado, acunándolo, mientras paredes de agua de varios metros nos zarandean y amenazan con hundirnos. Ángela era la orquesta del Titanic, meciendo en silencio y aceptando su hundimiento.

La otra, esa Afrodita triunfante en versión humana, la llegada a la playa después de haber quedado sumergida por la caída al salir del bote. Se levantó sin haber dejado ni por un segundo de apretar aquel cuerpecillo, aguantó el envite de las olas y amplió su zancada para escribir en el aire un “aquí estoy con mi niña, para quien quiera saberlo”. Una figura magnífica, el cuerpo atlético de Ángela suavizado por el abrazo a su hija. Eso me preocupaba, justo eso, pero no pude seguir mis reflexiones porque la figura de Ángela se recortaba en la playa con su característico caminar. Alguien la ha parado e intercambia con ella unas palabras. También a eso le tengo miedo, mucho miedo, por dios sigue andando. Se sienta a mi lado, esta vez no se separa, me mira y la miro.

—¿La cabeza?

—Solo un golpe, estoy bien.

Estamos en silencio, los dos sabemos que hay algo que hablar. Es el pánico que te atenaza entre ola y ola cuando no sabes si te dará tiempo a pasarla, si nadar hacia la orilla, si escaparte de las rocas... y el mar se vuelve silencioso, las aguas retroceden y te llevan hasta la ola que se forma gigante enfrente de ti. Ese silencio teníamos nosotros...

—Si no llega a ser por ti nos quedamos ahí —y miró hacia las rocas.

No supe qué contestar, no podía hacer una broma, esperaba la pregunta para la que no tenía respuesta y yo me temía improvisando.

—¿Le han hecho la autopsia?

—No.

—¿Niño o niña?

Salió. Si le digo niño no le importaría mucho haber fallado, si le digo niña estoy seguro de que hubiera llorado en silencio y yo no lo hubiera soportado. Esas lágrimas silenciosas son abrasivas, por donde pasan queda la marca del ácido. Así que le dije la verdad y ella sonrió a medias mirando el mar y su sonrisa se hizo de sal marina como la familia de Lot y allí se quedó. Meses después, cuando la visito, se la veo si no sabe que la observo. En cuanto se percata la cambia por su sonrisa tierna del día a día, espero que cuando ese gesto convertido en sal desaparezca Ángela esté de vuelta para aceptar que no había ninguna niña en aquel amasijo de mantas que acunaba y por el que se jugó la vida. Y quizá entonces vuelva a sentir que ningún mar huele como el Cantábrico.